

El surgimiento de un saber ignorado. Acerca del olvido del significante *aliquis*

*The emergence of an ignored knowing.
About forgetting the signifier aliquis*

Por Vanina Muraro¹

RESUMEN

El objetivo de este artículo es ilustrar los diversos estatutos del saber que se ponen en juego en el análisis. Para ello retomaremos el capítulo titulado “Olvido de palabras extranjeras” que integra el libro de Freud *Psicopatología de la vida cotidiana*. En este apartado, el autor pone a prueba las determinaciones inconscientes del olvido del significante *aliquis* y da pruebas los alcances de la interpretación analítica. Nos serviremos de este ejemplo para ilustrar la aplicación del método de la asociación libre las resistencias que esta regla genera.

Palabras clave: Saber, Regla fundamental, Interpretación, Olvido.

ABSTRACT

The aim of this article is to illustrate the various statutes of knowing that appear in the analysis. In this regard we will return to the chapter entitled “Forgetting foreign words” which integrates Freud’s book *Psychopathology of everyday life*. In this section, the author tests the unconscious determinations of forgetting the signifier *aliquis* and gives proof of the scope of analytical interpretation. We will use this as an example to illustrate the application of the free association method to the resistances this rule generates.

Keywords: Knowing, Fundamental rule, Interpretation, Forgetting.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Licenciada y Doctora en Psicología, UBA.
Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Profesora de grado y postgrado, UBA.
Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU). Investigadora Categoría III.
Analista Miembro de la Escuela Internacional de los Foros del Campo Lacaniano (A.M.E.), miembro del Foro Analítico del Río de la Plata.
Autora de numerosas publicaciones científicas tanto nacionales como internacionales Su último libro se titula: *Interpretación y vanguardia. Contribuciones del formalismo ruso a la clínica psicoanalítica*, Letra Viva, 2019.
E-mail vanina.muraro@gmail.com
Buenos Aires, Argentina

Introducción

El tema del saber ha convocado, a lo largo de los años, el interés de los analistas. Entre las contribuciones más significativas al respecto de esta cuestión podemos reconocer las apreciaciones freudianas que distinguen el conocimiento científico del saber al que busca acceder el psicoanálisis; los diferentes estatutos del saber reconocidos en la cura; la distribución de éste en el dispositivo inventado por Freud y formalizado por Lacan en el matema del Sujeto supuesto al Saber y la posición del sujeto frente al saber del inconsciente.

La denominada por Lacan “revolución del método freudiano” hunde sus raíces en una nueva distribución del saber. Una distribución que desafía el modelo iluminista de la ciencia que clásicamente ubicaba un sujeto que sabe en la figura del experto y un objeto a ser conocido. En contraposición, el analista, no sin parentescos con el método socrático, hace surgir por medio del trabajo interpretativo el saber del analizante. En esta afirmación se expresa que ese saber, antes de dicho trabajo, no era accesible a la conciencia.

Freud distingue de esa manera los saberes conscientes de aquellos *saberes ignorados* que se reniegan y por ello permanecen reprimidos. Estos toman la forma de un *saber no sabido* del cual se desprenden tanto afectos como responsabilidades. La sofocación de esos contenidos, que pugnan por revelarse, siempre está destinada a un fracaso parcial debido a que lo silenciado halla un camino para su manifestación en las formaciones del inconsciente: sueños, chistes, olvidos y demás accidentes de la voluntad yoica del decir que conforman junto a los síntomas expresiones disfrazadas de un mensaje que intenta llegar a destino.

De allí se desprende la tesis freudiana que sostiene que las manifestaciones de la neurosis descansan en una suerte de ignorancia que acarrea inevitablemente un padecimiento. El neurótico es aquel que sufre de algo que ignora porque en algún momento ha escogido olvidar, desterrar determinados elementos del suelo de la conciencia y ese destierro ha tenido como función principal evitar un conflicto entre las diferentes mociones pulsionales y el yo; con ese fin, ha practicado, como explicita Freud en su texto técnico “Recordar, repetir y elaborar”, *la política del avestruz* y, frente a la representación inconciliable ha optado por el aislamiento o la amnesia.

Ese proceso puede haber sido exitoso, quizás durante mucho tiempo ha mantenido fuera de la conciencia lo que se intentaba desalojar, pero, más tarde o más temprano, la argucia se revela ineficaz. Ese no saber acerca del deseo que divide al sujeto es el germen del malestar neurótico que retorna por la vía del síntoma. Como indicamos, no se trata de un saber inocuo. Muy por el contrario, el saber que interesa al analista aquel que versa acerca del deseo y por ende de la castración es rechazado porque desencadena afectos indeseables que podemos resumir bajo la denominación de “horror al saber”. El carácter penoso que este saber vehiculiza es uno de los obstáculos principales al cumplimiento de la regla y, aún

más a la conclusión de los análisis.

De este vínculo entre saber no sabido y síntoma se desprenden los principales operadores de la cura psicoanalítica; por ejemplo, la asociación libre, regla de la que nos ocuparemos en este artículo, es una técnica diseñada para burlar al yo en su labor de censor del contenido inconsciente y permitir el acceso a ese saber ignorado. A continuación, tomaremos un ejemplo correspondiente a *Psicopatología de la vida cotidiana*, incluido en el capítulo titulado “Olvido de palabras extranjeras” para ilustrar la aplicación de la regla y extraer algunas características del saber inconsciente y los afectos que éste acarrea.

El olvido de *aliquis*

En apenas seis páginas, Freud despliega el análisis de un olvido que tiene al menos tres particularidades a destacar. En primer lugar, no es un ejemplo de su propia canteira y por ello nos posibilita acceder con detalle el trabajo interpretativo de Freud y a las resistencias que la regla suscita; en segundo lugar, ante la percepción indudable de un significante faltante no advienen otros “incorrectos” o “inadecuados” sino la ausencia del buscado y, por último, es un olvido que tiene como determinación un elemento contradictorio al deseo que se incluye en la misma frase afectada.

El intercambio no se da en el seno del consultorio sino en un diálogo casual. Sin embargo, quien colabora aportando su formación del inconsciente no está exento del influjo transferencial hacia Freud, este último consigna que este hombre “estaba familiarizado con algunas de mis publicaciones psicológicas” (Freud, 1901: 16). Un segundo dato que podemos apuntar en esta dirección y que se revelará de importancia es el origen judío de ambos participantes intercambio.

El accidente de la voluntad yoica del decir surge cuando el interlocutor de Freud quejándose de las restricciones al desarrollo en el ámbito académico de las que son víctimas los miembros del pueblo judío evoca un pasaje de la *Eneida*: “¡Exoriare (ALIQUIS) ex nostris ossibus ultor!”. Sorpresivamente, la intención del hablante se ve frustrada por el olvido del significante *aliquis*. Este exclama ofuscado frente a su olvido: “¡Por favor, no ponga cara tan burlesca, como si disfrutara de mi turbación, y ayúdeme usted! En ese verso falta algo. ¿Cómo se dice completo?”. (Freud, 1901: 17).

Observamos en esta frase al menos dos elementos dignos de subrayar porque se trata de contenidos que el olvidadizo le transfiere a Freud. Una suposición de saber que se verifica acertada ya que Freud, en efecto, conoce la cita correcta, es decir, que participa de la parroquia y por ende comparte sus referencias culturales. Por otra parte, le supone goce frente a su turbación, goce del Otro. Esas dos suposiciones se despliegan porque en una primera instancia Freud se abstiene de completar/corregir la frase. Recién frente al pedido expreso repone el elemento faltante: *aliquis*.

A continuación, el joven exclama: “¡Qué tontera

olvidar esa palabra! Pero usted sostiene que nada se olvida sin razón. Me gustaría saber cómo di yo en olvidar ese pronombre indefinido, ‘*aliquis*’” (Freud, 1901: 17) invitando de esta manera a Freud a poner a prueba las determinaciones inconscientes del olvido.

Por supuesto, el analista acepta gustoso el convite y le responde:

Enseguida podremos averiguarlo. Sólo tengo que rogarle que me comunique usted, con sinceridad y sin crítica alguna todo cuanto se le ocurra dirigiendo usted, sin propósito definido, su atención sobre la palabra olvidada. (Freud, 1901: 17).

Bajo esta formulación sencilla enuncia la regla fundamental soportada en estos corolarios: con sinceridad, suspendiendo la crítica, sin censurar nada y, finalmente, en esa expresión curiosa y de apariencia paradójica: “dirigiendo usted, sin propósito definido, su atención sobre la palabra olvidada”.

Esta formulación de la regla es coincidente con la precisión que Freud nos entrega en su “19° conferencia. Resistencia y represión” donde indica que debemos ordenar al paciente que en un estado de “calma observación de sí sin reflexión” comunique sentimientos, pensamientos y recuerdos respetando la secuencia en los que ellos emerjan. Freud dedica, a continuación, un párrafo para describir las resistencias que surgirán en el curso de esta tarea y la importancia crucial de sobreponerse a ellas:

Les advertimos de manera expresa que debe resignar cualquier motivo que le haría practicar una selección o exclusión entre las ocurrencias: que eso es *demasiado desagradable o indiscreto* para decirlo, o *demasiado trivial, no viene al caso, o es disparatado* y no hace falta decirlo. Le encarecemos que siga siempre sólo la superficie de su conciencia, que omita toda crítica, cualquiera que sea su índole, contra lo que ahí encuentre, y le aseguramos que el resultado del tratamiento, sobre todo su duración, dependen de la escrupulosidad con que obedezca a esta regla fundamental del análisis. (Freud, 1915B: 263. El destacado corresponde al original).

La primera asociación no se hace esperar, aunque el caballero la juzga risible se sobrepone a este juicio y comunica que se le antoja separar la “a” y conformar así dos elementos: *a* y *liquis*. Esa cadena asociativa continúa de la siguiente forma: “Eso se prosigue así: Reliquias/liquidación/fluidez/flujo ¿Ahora ya sabe algo?” (Freud, 1901: 17).

De este fragmento del diálogo analítico quisiéramos señalar dos detalles. Por un lado, la locución *eso continua*, formulación curiosa que señala que se trata de una subordinación significativa, asociación libre que se impone, donde el yo no se reconoce como agente productor de la cadena. Por otra parte, la apelación ansiosa al Otro como depositario del saber. A esta pregunta, Freud responde relanzando el trabajo analizante: “No, todavía no, pero usted continúe” (Freud, 1901: 17). Se condensan en esa

frase una promesa de saber y apelación al eje diacrónico del lenguaje propio de la metonimia.

Adviene ahora una nueva asociación que se revelará crucial, la misma recae en la figura de Simón de Trento y el libelo de sangre inculcando a los judíos. Esa ocurrencia, señala Freud, se liga al contenido de la conversación previa al olvido de la palabra extranjera y, como va a demostrar el análisis del olvido, guarda relación estrecha con lo que se intenta sofocar.

A este señalamiento de Freud que podemos traducir como una aprobación al trabajo analizante el joven adiciona la siguiente articulación: la referencia a un periódico que titula un artículo “De lo que dice San Agustín de las mujeres”. Primera referencia a la femineidad. A continuación, nuevamente apelando al saber de Freud, inquiere: “¿Qué hace usted con eso?” (Freud, 1901: 18).

Freud responde: “Yo aguardo”. El silencio de Freud hace surgir una nueva asociación precedida de la siguiente crítica que recae en la aparente ausencia de nexos: “Entonces, ahora acude algo que carece de toda conexión con nuestro tema” (Freud, 1901: 18). Ante ello, el analista reitera la indicación de suspender toda crítica y la asociación recalca en Benedicto y otros Padres de la iglesia para detenerse en San Jenaro (enero) y su milagro de la sangre.

Freud realiza una puntuación señalando que Agustín y Jenaro remiten a meses del año: agosto y enero. Luego solicita detalles del prodigio, negándose de participar de la apoyatura en el oyente; en términos lacanianos: no comprende. Esta actitud reproduce la transferencia de los mismos condimentos que hallamos al inicio del material: suposición de saber y una leve irritación –“¡Pero si usted lo tiene que conocer!”. Ante el silencio freudiano el joven relata el prodigio de la licuefacción. Este tiene lugar todos los 19 de septiembre en Nápoles durante el aniversario de la muerte del santo hace ya 4 siglos. Ese día, durante la misa, el sacerdote expone en el altar una ampolla que contiene su sangre solidificada frente a los asistentes comienzan a orar y la sangre, normalmente sólida y oscura, se torna rojiza y se liquifica. Cuando ese milagro no se produce se considera este hecho un mal augurio.

Una vez concluido este relato, el hombre abruptamente detiene la cadena de sus asociaciones. Al analista no le pasa desapercibida esa turbación, ante su insistencia este confiesa: “Es que ahora se me ha ocurrido algo... pero es demasiado íntimo para comunicarlo... Por lo demás, no veo nexo alguno ni la necesidad de contarle” (Freud, 1901: 18).

En respuesta a estos reparos, Freud vuelve a enunciar la regla fundamental, en este caso, subrayando la importancia de la no sistematización del material asociativo y de no detenerse porque algo resulte penoso. De esa manera hecha luz sobre los vínculos entre el trabajo analizante y el saber inconsciente.

Del nexo soy yo quien cuida. No puedo, es claro, obligarlo a que me cuente algo que le resulta desagradable; pero entonces no me pida saber el camino por el cual ha olvidado usted aquella palabra ‘*aliquis*’. (Freud, 1901: 18).

Nuevamente, una promesa de saber y una exhortación al trabajo que tiene como retribución la confesión de la presencia de una dama de la cual podría recibir una noticia desagradable para ambos.

La solución

Freud acierta al afirmar que la noticia indeseada es la posibilidad de un embarazo. La respuesta al enigma de las razones del olvido no nos sorprende tanto como al incrédulo compañero de conversación. Frente al desconcierto que genera su intelección, Freud no tiene una posición oscurantista, por el contrario, explicita los elementos que lo condujeron a ese descubrimiento:

Por cierto que no es difícil. Usted me ha preparado bastante para ello. Piense en los *santos del calendario, en la fluidificación de la sangre cierto día, la alteración si el suceso no sobreviene, la mítica amenaza de que el milagro se consume pues sí no...* Ha procesado usted el milagro de San Jenaro como una espléndida alusión al período de la mujer. (Freud, 1901: 19).

La respuesta del analizante recae nuevamente sobre los estatutos del saber ya que exclama absorto:

Y sin saberlo yo. ¿Cree usted realmente que a causa de esta angustiada expectativa me habría sido imposible reproducir la palabra 'aliquis'?

Me parece indudable. Recuerde la descomposición en 'aliquis', y las asociaciones: reliquias, liquidación, fluidez. ¿Habrá de insertar todavía dentro de este nexo a San Simón, quien fuera sacrificado de niño y en quien dio usted a partir de las reliquias?

-Prefiero que no lo haga. Espero que no tome en serio ese pensamiento, si en realidad lo he tenido. (Freud, 1901: 19).

Retomemos nosotros el trabajo de inserción de este contenido al que solamente aluden los participantes del diálogo. Como señalábamos, Simón de Trento fue un niño protagonista de un libelo de sangre. Los libelos o calumnias de sangre son alegatos antisemitas por los cuales se acusó espuriamente a los judíos de un asesinato con fines rituales. En estos rituales, supuestamente, los judíos sacrificaban niños gentiles como una recreación de la muerte de Cristo durante las festividades de Pésaj.

Durante la Pascua judía de 1475 se encontró el cuerpo mutilado de un bebé de dos años y el obispo de Trento ordenó encarcelar a varios judíos. Bajo tortura extrajeron los acusados confesaron haber torturado, crucificado cabeza abajo al niño hasta desangrarlo con el fin de ofrecer un sacrificio y preparar con su sangre panes de Pascua. Los judíos fueron declarados culpables y quemados vivos en la plaza de la ciudad. Aproximadamente un siglo después el Papa Sixto V beatificó al niño y avaló el culto a Simón de Trento devenido entonces santo medieval. Recién en 1965 en el marco del Concilio del Vaticano II, el Papa Pablo VI reabrió el caso y la investigación

dictaminó que esas confesiones eran inaceptables y un decreto papal prohibió el culto del niño. Sus restos fueron retirado y escondidos para evitar que continuasen.

Recordemos que esa es la primera asociación que sobreviene y encierra el germen de la contradicción interna que provoca la caída en el olvido del significante *aliquis*.

Por otra parte, el verso aludido corresponde al canto V de la epopeya latina es pronunciado por la despechada Dido también encierra una contradicción semejante. La reina de Cartago, quien ha sido abandonada por Eneas exclama: "Que de nuestros huesos surja un vengador" mientras prepara enciende la pira mientras observa las naves en las que parte de su amante. Dido, reina de una feminidad ambigua para su época, no es madre y ya no lo será, se encuentra en los preparativos de su acto suicida: que no dará a luz al hijo de Eneas sellando la unión entre cartagineses y tracios ni a ninguna otra descendencia.

La contradicción interna se produce entre estos dos postulados:

- a. Que surjan de nuestros huesos la descendencia (judía) para vengarnos.
- b. Que se produzca el milagro de la sangre/ que menstrue/ que los judíos maten al niño.

El conflicto entre ambas proposiciones expresa la revuelta que desemboca en el olvido, la representación es perturbada desde el interior del tema a que alude la cita "por elevarse inconscientemente una contradicción a la frase de deseo allí figurada" (Freud, 1901: 21). Podemos gracias a esta precisión diferenciarlo del famoso olvido de "Signorelli" en el cual la perturbación de la reproducción del nombre del autor de los frescos de Orvieto obedece a la interrupción de una ilación de asociaciones que había tenido lugar poco antes de que este significante se escabulla.

Un elemento extra acerca de la resolución del olvido lo hallamos en torno a la evocación de San Jenaro, patrono de la Ciudad de Nápoles. También este, al igual que los judíos víctimas de los libelos de sangre, fue acusado y castigado injustamente. Jenaro fue un santo mártir de la Iglesia católica condenado a muerte durante las persecuciones a los cristianos. Una vez encarcelado sus captores intentaron convencerlo para que renegase de su fe frente a la negativa lo introdujeron a un horno encendido de donde, narra la Biblia, sale indemne, sin que ni siquiera sus hábitos sufriesen las inclemencias del fuego. Al día siguiente fue arrojado a las fieras para que lo devorasen frente a la multitud, pero las bestias se echaron a sus pies mansamente en lugar de atacarlo. Fue necesario decapitarlo para poner fin a su vida terrenal. Acusación y asesinato de un inocente se entrelazan así, nuevamente, en este otro relato bíblico convocado por el trabajo analítico.

Conclusiones

Este sucinto recorrido constituye un testimonio de la técnica analítica donde podemos reconocer el ejercicio de la regla fundamental, las dificultades en el cumplimiento de esta, las determinaciones significantes la abstinencia de comprensión por parte de quien conduce y, finalmente, los diferentes saberes que están en juego en el diálogo analítico.

Observamos que la regla no actúa por sí sola; requiere de un agente que la aplique y que se muestre presto a no dejarse sobornar por los obstáculos que el yo del analizante interpone. Especialmente distinguimos dos reparos: la carencia de nexos y el carácter penoso -desagradable- de las asociaciones. Reconocemos en estas objeciones los corolarios de la regla que sitúa André Albert en su intervención acerca del placer y la regla: la no sistematización y la no omisión del material (Albert, 1975: 4).

Esas objeciones responden a la función vigilante del yo que preserva al hablante de desembocar en una palabra que podría resultar penosa y, por ello, perturbadora. Gracias a la sistematización del contenido -técnica del aislamiento- se protege de la sorpresa y de la aparición de un elemento no anticipado. Mediante la negativa a confesar algo que desagrada o avergüenza rechaza de la conciencia los contenidos inconfesables. En este fragmento podemos comprobar el forzamiento que supone ceñirse a la regla; tal como consigna Lacan en su intervención en respuesta a André Albert, “El placer y la regla fundamental”:

Entonces es bien evidente que el enunciado de la regla fundamental consiste en decir a una persona que viene a pedirles algo -llegado el caso una ayuda- que la regla fundamental no es otra cosa que hacerle observar que hay que sudar un poquito para hacer algo juntos, que la cosa no va a andar si de algún modo no se llega hasta lo que displace, no al analista, sino que displace profundamente a cualquiera: hacer un esfuerzo. (Lacan, 1975: 2).

Hemos buscado destacar también las maniobras freudianas que fuerzan a decir incluso aquello que preferiría callar y, precisamente, eso. Entre estas destacamos; la enunciación de la regla, sus especificaciones a lo largo de la conversación, la negativa a comprender y completar con el saber del analista aquello que el hablante alude sin decir y la promesa de una solución al enigma si se somete al método propuesto. Esas tácticas se sostienen en la distribución del saber propia de la “revolución del método freudiano” y en la concepción de la neurosis que hallamos especificada en la 18ª Conferencia, titulada “La fijación al trauma, lo inconsciente”, como “consecuencia de una suerte de ignorancia, del no saber sobre unos procesos anímicos acerca de los que uno debería saber”. (Freud, 1917A: 256).

Sin embargo, tal como especifica el autor en esas páginas, que el analista deduzca fácilmente aquellas mociones anímicas que han permanecido inconscientes en el individuo no quiere decir que pueda liberarlo de su

padecimiento a partir de la comunicación de ese saber que le es propio:

Hay saberes y saberes (...) El saber del médico no es el mismo que el del enfermo, y no puede manifestar los mismos efectos. Cuando el médico trasfiere su saber al enfermo comunicándoselo, esto no da resultado alguno. No; sería incorrecto decidir así. No tiene el resultado de cancelar los síntomas, sino este otro, el de poner en marcha el análisis (manifestaciones de desacuerdo de parte del paciente son, a menudo, los primeros indicios de que este último ha ocurrido) (Freud, 1917A: 257).

Finalmente, el saber del médico posee una función nada desdeñable pero reducida a poner en marcha el dispositivo. Eso ocurre, siempre y cuando el analista se sirva de este saber cuidadosamente, sin revelar secretos que el oyente no está preparado aún para escuchar, ni obturar el trabajo analítico con la enunciación de algunas verdades que, como sabemos, sólo pueden serlo a medias. El saber que interesa es aquel que se halla retenido a causa del horror que su revelación conlleva e, ineludiblemente, descansa en una transformación de paciente a analizante que en estas páginas Freud nombra como “un cambio interior del enfermo” (Freud, 1917A: 257).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albert, A. (1975). “El placer y la regla fundamental”. En *Scilicet* 6/7. París: Ed. Du Seuil, 1975.
- Freud, S. (1901). “El olvido de los nombres propios”. En *Psicopatología de la vida cotidiana*. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. VI.
- Freud, S. (1901). “Olvido de palabras extranjeras”. En *Psicopatología de la vida cotidiana*. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. VI, 1990.
- Freud, S. (1917A). “18º conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. XVI, 1990.
- Freud, S. (1917B). “19º conferencia. Resistencia y represión”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. XVI, 1990.
- Freud, S. (1911). “Recordar, repetir y elaborar”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. XII, 1990.
- Lacan, J. (1967). “Proposición del 9 de octubre de 1967”. En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1975). “El placer y la regla fundamental”. Versión online. En https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/114_adultos1/material/archivos/lacan-el_placer_y_la_regla_fundamental.pdf
- Lacan, J. (1969-1970). *El Seminario 17. El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Muraro, V. (2010). “El olvido imposible”. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, Vol. 19. Buenos Aires: Secretaría de Investigaciones, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 2019.
- Virgilio (S.I A.C.). *Eneida*. Traducción Aurelio Espinosa Pólit. Madrid: Cátedra, 1998.